

PENSANDO SOBRE LOS CONFLICTOS Y LA SALUD MENTAL DE LAS MUJERES

Ana Távora Rivero

Si el poder siempre fuera exclusivamente represivo, si nunca hiciera nada más que decir que no ¿cree usted realmente que uno se vería llevado a obedecerle?

M. Foucault¹

“Lo que es norma o imperativo externo se incorpora a la subjetividad, convirtiéndose en ideal que moldeará el deseo”.

N. Levinton²

Introducción

En este artículo me gustaría dar algunos de los instrumentos necesarios para que las mujeres pudiésemos pensar sobre las relaciones que existen entre la percepción y la resolución de determinados conflictos, y nuestro bienestar o malestar psíquico. Este proceso, por el cual podemos llegar a descubrir cómo parte de nuestro mundo interno esta construido por la incorporación de determinados valores patriarcales, va a ser determinante para entender de donde procede dicho malestar.

Para este análisis cuento con un esquema de referencia teórico³ centrado en la psicología social y la perspectiva de género, y en mi practica como psicoterapeuta y coordinadora de grupos operativos. Pichon-Riviere nos enseñó una noción de la enfermedad donde la misma estaba relacionada con “un monto de sufrimiento que el sujeto no podía soportar”⁴. Este sufrimiento procedía de cómo organizábamos nuestras relaciones en diferentes ámbitos, el individual, el familiar, el social, laboral, etc. Y así, dependiendo del tipo de vínculo podremos conseguir una adaptación activa a la realidad, con la posibilidad de asumir nuevos roles, un mayor nivel de responsabilidad y la pérdida de roles anteriores inadecuados⁵.

Si a esta hipótesis le incorporamos la que plantean los estudios de género⁶ podemos establecer que las formas cómo las mujeres van a aprender a relacionarse en las diferentes áreas de su vida van a estar determinadas por el lugar donde el sistema dominante las ubica, el lugar de la subordinación.

Es decir, nos encontramos con un problema de psicopatología social: la desigualdad entre los hombres y las mujeres, y con un sistema dominante que pretende mantener la hegemonía masculina. Para conseguir esto, no solo va a utilizar mecanismos coercitivos, sino que va a ofrecernos, de manera implícita modelos relacionales que puedan ser

fácilmente internalizados y formen parte de nuestras subjetividades. En última instancia, de lo que se trata es de mantener la desigualdad.

Sin embargo, la aparición de los conflictos, en la vida de las mujeres, son el emergente de que los sistemas patriarcales no han conseguido totalmente domesticarnos, y es a partir del análisis de los mismos desde donde nos encontramos con posibilidades para desaprender todo un modelo que nos construye internamente y que nos enseña una manera “permitida” de establecer las relaciones con el mundo externo.

El sistema patriarcal, la familia, y el sujeto

Uno de los espacios privilegiados donde aprendimos estas formas “permitidas” de relacionarnos va a ser el grupo familiar. La madre se convierte en la portavoz de los valores dominantes incluso, en muchas ocasiones, en contra de ella misma. A modo de ejemplo, me gustaría recordar lo que me comentaba una integrante de un seminario cuando se refería a su madre, nos decía: “ella se llevaba todo el día diciendo lo importante que era para una mujer cuidar a su familia, pero intentaba estar el menos tiempo posible en la cocina, y todos sabíamos que no le gustaba cocinar”. Contando con estas contradicciones, son diferentes las autoras que nos plantean la importancia decisiva que van a tener las relaciones madre-hija en la construcción de nuestra subjetividad.

Como nos plantea Nora Levinton en su libro *El superyo femenino*², durante la infancia la niña va a recibir una consigna clara: tienes que ser buena para conseguir el amor de los otros. La niña va a sentir que cuando es buena y responde a los deseos de su madre esta la va a querer, no la va a dejar sola, y al sentirse querida van a disminuir sus sentimientos de desvalimiento, de desamparo y de impotencia⁷. La autora se refiere a como el miedo a ser abandonada se convertiría en el principal castigo que pueden inflingirte, y que desde ahí quedarte sola sería la señal de que eres mala y nadie va a quererte. Este deseo de ser buena va a influir de manera decisiva en la inhibición de la agresividad, ya que difícilmente vas a darle salida a lo que tu quieres si esto entra en colisión con los deseos de los otros. En una entrevista, en la consulta, con una niña de 9 años y su madre, esta le decía “yo te quiero mucho, pero si fueras igual de buena que tu hermana te querría mucho más, si quieres que te quiera sé como ella...ella es ordenada, cariñosa, no protesta nunca, se conforma con lo que le das, no te pide....”.

Posteriormente durante la adolescencia E.D. Bleichmar nos plantea como la adolescente siente, que a partir de que su cuerpo empieza a cambiarle y aparezcan los caracteres sexuales secundarios, puede percibir una mirada del otro que la desnuda. Puede darse cuenta que sin tener deseo lo despierta en el otro y que no es “su intencionalidad sino sus atributos corporales por lo que se ve expuesta a una experiencia sexual”⁸. En muchas ocasiones, la adolescente va a encontrarse por primera vez con la sexualidad, no a través del encuentro con su cuerpo, sino a través de esa mirada. Nos preguntamos ¿hasta que punto, ese otro masculino, va a condicionar que este momento, no se pueda vivir con tranquilidad?. Por un lado, la adolescente se encontrará con sus deseos y tendrá cómo tarea, nada fácil, ver qué hace con ellos, y por otro siente que puede “provocar”, y esto la llevará

a estar pendiente de lo que le está pasando al otro. Con independencia de la forma que adopte en su conducta sexual la mirada va a tener un lugar determinante: “el solo hecho de que la feminidad nos constituye con una identidad, prevalentemente centrada en un ser para ser percibido, para ser mirado, tiene el efecto de colocarnos en un estado de permanente inseguridad corporal y, simultáneamente, de alienación simbólica. Dotadas de una identidad que se valora por la apariencia, y que se instituye en estímulo erótico, estamos tácitamente conminadas a manifestar, por la manera de llevar el cuerpo y de presentarlo, una especie de disponibilidad- sexual y eventualmente sexual- con respecto a los hombres”⁹

Así, durante la infancia y la adolescencia, se produce una articulación perfecta entre los intereses del sistema dominante, mantener la hegemonía masculina, los del grupo familiar, que a través de las dificultades de la niña para asumir los mandatos de género las madres no sean conscientes de sus propios conflictos, y los de la propia niña y adolescente con el proceso de individuación. En lugar de ir aprendiendo una manera de vincularse contigo misma, con los otros y con el mundo, aprendas un tipo de vínculo donde es el otro, por diferentes razones, el que tiene la llave para regularte tanto externa como internamente. Un vínculo, en definitiva, que tendrá como elementos característicos la dependencia afectiva, la inhibición de la agresividad y el control de la sexualidad.

Esa ubicación en un lugar de necesidad, donde es el otro el que tiene el poder, se convertirá en uno de los mecanismos intrapsíquicos más importante a través de los cuales la subordinación construye nuestra subjetividad. Se establece una relación entre el mundo interno y externo que permite que aparezca como deseo la sumisión. De forma, que como nos recuerda J. Benjamín todos estos espacios que formarían una parte significativa de lo que constituye el sistema patriarcal utilizarían su poder, no para negar nuestros deseos, sino para darles forma y que nos ayude a convertirnos en un servidor voluntario. Independientemente de las diferentes maneras de ser mujeres, tradicionales, modernas, emancipadas o feministas, todas tendríamos incorporados en mayor o menor medida, estos mandatos: ser buena, controlar tu sexualidad y pensar en lo que debes ser no en lo que quieres ser, “...una tendencia principal del feminismo ha construido el problema de la dominación como el drama de la vulnerabilidad femenina victimizada por la agresión masculina...Más en general, está ha sido una debilidad de la política radical: idealizar a los oprimidos, como si la política y la cultura de éstos nunca hubiera sido alcanzadas por el sistema de dominación, como si las personas no participaran en su propia sumisión...se pone en marcha un nuevo enfoque para captar la tensión entre el deseo de ser libre y el deseo de no serlo”¹⁰.

Lo anterior lleva a priorizar lo relacional como clave de la identidad femenina. J.Baker Millar define el concepto del yo en relación y nos dice “un rasgo central es que la mujer mantiene, erige, y se desarrolla en un contexto de vínculo y afiliación con los demás. De hecho, el sentido de identidad femenino se organiza alrededor de la capacidad de crear y mantener afiliaciones y relaciones...a la mujer no se le anima para desarrollarse todo lo posible y experimentar el estímulo, el dolor, la ansiedad y la incertidumbre que implica dicho proceso. Más bien se intenta que evite el autoanálisis y se concentre en la relación con una sola persona”¹¹. Desde el concepto del yo en relación piensas y sientes que tu

bienestar proviene sobre todo de sentirte querida, convirtiendo el amor en el gran organizador de tu vida.

Siguiendo en esta misma línea, al llegar a la época adulta se idealiza un nuevo deseo en perfecta coherencia con lo anterior “serás madre y te preocuparás por la vida y las relaciones”¹². Deseo de cuidar que debe tener toda mujer y que potenciará la creación de un tipo de vínculo de predominio afectivo, con relaciones íntimas, y con el acento puesto en las emociones calidas: ternura, cariño, etc¹³. Durante el desarrollo de una sesión con médicas de familia una de las integrantes nos decía: “a mi me educaron pero que muy clarito, y en esta sociedad, si yo tenía hijos, que lo normal es que los tuviera, yo me tenía que dedicar a ellos, había que tener en cuenta que ese es un papel mío en esta sociedad y yo lo llevaba tan dentro- tan dentro, que no me lo he podido quitar en toda mi vida. Entonces qué pasa, que si la sociedad cambia probablemente se comparte la crianza. Pero todavía no se nos quita a las mujeres de la cabeza que nosotras parimos, que tenemos una responsabilidad con la familia”. Preocupación y ocupación no solo de los hijos, sino también de la pareja. A. Jonadostir nos plantea,¹⁴ como muy probable que los hombres se apropien de una cantidad desproporcionada de los cuidados y el amor de las mujeres, y que estas, aún no recibiendo en la misma proporción, sigan manteniendo la relación. En parte porque esperan ser amadas y atendidas, porque un hombre les puede ayudar a legitimar determinados deseos, el de ser madre, esposa, ayudarles en el control de lo no permitido, servirles de coartada para no pensar en tus contradicciones, etc. De nuevo, podemos observar la articulación entre los intereses del sistema patriarcal y los intereses y contradicciones concretos de los hombres y las mujeres para mantener ese tipo de vínculo tan desigual. En los grupos terapéuticos, cuando las pacientes se refieren a sus parejas, lo plantean como uno de sus pocos logros “conseguir un buen hombre”. En los grupos con médicas les sirven para mantener los miedos “yo sé lo que quiero...pero temo quedarme sola si me empeño...”. Y cuando nos referimos a algunos grupos de mujeres feministas, aparecen los hombres como argumento para mantener ciertas actitudes de victimización “no podemos...no nos dejan....”, a veces como una manera de no poder hablar sobre una misma.

La importancia de los miedos al cambio

No es solo desde la afectividad, desde donde se mantiene la subordinación, también desde la potenciación de los miedos. Miedos que crea el sistema dominante, el grupo familiar, las otras mujeres y tu misma. Miedos que funcionan como resistencias para cambiar, miedos para aprender otras formas de ser mujeres. Pichon Riviere en su teoría sobre los grupos operativos definió dos miedos básicos, que actúan como resistencias al cambio: el miedo a la pérdida y el miedo al ataque¹⁵. Miedos porque funcionamos con “más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer”, que se rompa el equilibrio previo y que al perderlo te puedas sentir más vulnerable y atacada. El miedo que acompaña al proceso de individualización, a la soledad, al abandono, y a lo que implicaría ser tu la principal protagonista de tu historia, “entrar en un proceso de individualización implicaría sentirnos independiente y distinto de los demás, como un agente de acciones particulares que podían

diferenciarse de las colectivas, como alguien suficientemente seguro del control sobre las circunstancias en las que vive como para poder concebirse como una parte aislada del grupo protector”¹⁶.

Considero muy importante el miedo a descubrir tus propios deseos de sumisión. El descubrimiento de estos aspectos implícitos nos produciría el dolor que en muchas ocasiones acompaña la experiencia de saber en profundidad. No podemos olvidar que este malestar se va transformando en satisfacción ante la posibilidad de aprender otras formas vincularse, mientras que la negación te mantiene de forma inamovible en el lugar del dominado.

Así cuando atendemos internamente a los mandatos de género, lo que predomina en nosotras es la preocupación central por las relaciones en cualquier ámbito- familiar, pareja, amigas, etc.-, y los miedos. Igualmente va a ser característico la poca práctica que tendremos como sujetos que desean.

La noción de conflicto

Aceptando la definición de conflicto que nos da el psicoanálisis, como la pugna entre fuerzas o estructuras mentales incompatibles¹⁷ podemos seguir a numerosas autoras cuando nos dicen que al lado de la perfecta esposa, del ángel del hogar, de la cuidadora, de la madre, esta la OTRA. No hay conflictos si no hay lucha entre deseos, entre intereses, entre valores, entre modelos de identificación.

Y que esta OTRA no quiere ser buena, no quiere reprimir su agresividad, quiere darle rienda suelta a sus deseos, quiere ser singular y única, y quiere tener derecho a hacer lo que le plazca. Me gustaría citar de forma anecdótica lo que me comentaba una compañera después de trabajar durante una sesión, decía ”yo llevo dándole vueltas muchos tiempo a este tema de los deseos, que si las carencias, que si la necesidad, que si el patriarcado...y me he dado cuenta que tener deseos es algo tan sencillo como hacer lo que te apetezca. Cuando me di cuenta, decidí que iba a comprarme un coche...nunca me hubiese atrevido antes ¿cómo voy a pensar en un coche para mi si hacen falta otras cosas, llegaba a convencerme de que me daba igual tener un coche , hasta que me pare pude verme diciendo quiero un coche yo y me lo voy a comprar... ya cuando lo dije fue de una manera distinta, no pedí permiso, sino que planteé me voy a comprar un coche...nadie de mi familia entendió nada y me dijeron que me estaba volviendo loca”.

Si cuando me refería a como el patriarcado influye de forma decisiva sobre la construcción de nuestra identidad podíamos ver una articulación, casi perfecta entre lo social, lo familiar y lo individual, que nos permitía concretar cuales son sus estrategias, ahora que lo que pretendo es hablar sobre nuestros intereses cuando no coinciden con los imperativos, para mí, la dificultad es mucho mayor. Como nos dice N. Levinton “difícil tarea la de elaborar un discurso sobre los deseos femeninos que no aparezca ineludiblemente condicionado por la valoración añadida de lo que las mujeres suponen que se espera que deseen en tanto mujeres”².

Para entrar en esta tarea podemos escuchar algunas recomendaciones. I. Calvino, escribe en su libro “Seis propuestas para el próximo milenio”¹⁸ sobre el concepto de levedad. Durante su vida parte de su trabajo ha consistido en quitarle el peso a la escritura, parte de la idea de que la vida es dura, que pesa y la importancia de aligerarnos. Cuando leí por primera vez ese libro, recordaba lo que dicen los psicoterapeutas de que las terapias hacen llorar, recordaba también algunos de mis primeros artículos cuando hablaba del dolor que sienten las mujeres al descubrir sus contradicciones, y pensaba que era posible reformular esto. ¿De qué manera se puede ir pensando en lo que queremos sin que esto suponga una experiencia tan dolorosa? ¿Cómo podemos hacer el proceso de convertirnos en sujeto de nuestra historia sin sentir que eres una extraña entre otras y otros?, ¿cómo compartir el disfrute de sentir que empiezas a validar los deseos que no coinciden con lo que debes desear?. De alguna forma, se trata de poder pensar sobre esto sin culpabilizarte, sin sentirte que eres una víctima del sistema patriarcal, sin que la culpa te confunda hasta el punto de no ver con claridad y poder quedarte en silencio y tolerar la pregunta ¿qué quiero yo?, ¿desde donde estoy diciendo que sí?, ¿qué me conviene?, ¿qué me interesa?.

Otra ayuda inestimable para ir definiendo lo que significa la OTRA es la que nos aporta la perspectiva feminista y los estudios de género. No solo por lo que supuso el movimiento feminista como cambio social, sino porque además nos da las claves para descubrir el peso que tiene lo social y lo cultural en la construcción de nuestras identidades. Gracias a estos estudios se hace visible otro lado de la historia y del pensamiento que permanecía silenciado. Como nos dice S. Harding “las estudiosas feministas han analizado a las mujeres, a los hombres y las relaciones sociales entre los géneros dentro de los marcos conceptuales de las disciplinas, entre los distintos marcos y, cada vez más, frente a ellos”¹⁹. Recuperamos así, otras formas posibles de ser mujeres que se convierten en referentes y en modelos de identificación.

También los estudios sobre la subjetividad, que profundizan sobre los valores internalizados, y sobre la importancia de determinadas emociones como la culpa. La culpa que aparece como coartada en los diferentes grupos que he coordinado, por no hacer lo que deberías, “yo estoy en esta reunión y tendría que estar con mi hija en el dentista”, por decir que no “prefiero callarme y hacerme la tonta...”, por ser ambiciosa, por querer destacar, por no querer cuidar, por buscar tu disfrute, por sentir rabia. Pero los estudios sobre la subjetividad no solo nos muestran este aspecto, sino también lo que las mujeres van sintiendo conforme se van encontrando con otras experiencias, “yo he aprendido en el grupo que no tengo que ponerme mala para acostarme, antes tenía que agotarme y ahora digo que me voy a descansar...después me siento tan bien”

Cómo no, las reflexiones que las feministas hacen sobre el poder. El poder como potencia, como capacidad de actuar, incidir y afectar en lugar de ser afectado. En nuestro trabajo de investigación con las médicas, cuando reunimos a un grupo de directivas, querían dejar claro que estaban en ese lugar porque no les interesaba el poder este tipo de poder, sino porque así podían cuidar mejor, compartir más las decisiones. M. Burin²⁰ nos aclara que ejercer influencia consiste en incidir, sobre las maneras de pensar y de sentir de los otros, mientras que tener poder consiste en contar con las herramientas necesarias para decidir sobre lo que los otros hacen.

Recordaba, en este sentido cómo nos referíamos a una directora: “es una directora de Corin Tellado...todo quiere arreglarlo con el amor, queriendo a los otros...”. Esta dificultada para ubicarse en un lugar donde se ejerce el poder estaría no solo en los aspectos que se refieren al mundo externo, “la mujer no es percibida como individualidad. Las mujeres siempre somos ejemplificaciones irrelevantes de la feminidad o de lo femenino, como ocurre siempre en un colectivo donde no se juega lo importante, donde no se juega lo prestigioso y donde no se juega, en definitiva, el poder²¹”, sino también, referidos al mundo interno, porque de alguna forma te ves obligada a “dejar de idealizar la relación como clave de la identidad femenina”², reformular lo referido a las necesidades de apego y perder en parte el entonamiento afectivo, que se convierte para muchas mujeres en la fuerza del crecimiento psicológico.

Esta OTRA tendría muchos elementos en común con la mujer nueva que refirió T. López Pardina, una mujer “que no le domina el sentimiento, es dueña de sus sentimientos de sus pasiones, sabe que su vida no se reduce a ellos, y no es tampoco posesiva con el amor. Valora su independencia y la aprecia tanto más cuando sus intereses más sobrepasan los límites de la familia, del hogar, del amor... plantea exigencias al hombre; quiere que se respete su personalidad y pide ser comprendida. Valora el trabajo como algo propio...rompe sus compromisos con la estricta moral sexual que regía para ella...se afirma en su individualidad autónoma...”²². Una mujer que pueda estar sola porque es una buena compañera de si misma, que maneja su agresividad, que le interesa el poder y en última instancia que puede llevar las riendas de su vida.

Tenemos, en este momento, definidas básicamente, las dos fuerzas, ambas igualmente importantes para ti, ambas constituyentes de tu identidad y que formarían parte del conflicto: el deseo de ser una mujer antigua frente al deseo de ser una mujer nueva. Si nos construimos atendiendo a lo que debemos ser tendremos garantizada la insatisfacción y el malestar, aunque nos encontraremos con la ventaja de la certidumbre; si te vas construyendo desde el descubrimiento de lo que quieres y desde la deconstrucción del modelo permitido, entras en un proceso en el que tienes que pasar por la experiencia personal de transformación y tolerar la ansiedad y la confusión necesaria en todo proceso de aprendizaje.

El relato de algunas experiencias

Estas experiencias intentan ayudar por un lado a que podamos ver las distintas fuerzas o deseos que forman parte de nosotras para una vez percibidas podamos tener mejores posibilidades de manejarlas. De lo que se trata, en última instancia, es de que nos demos cuenta de lo que se esconde en un plano más implícito cuando una mujer dice, en la consulta “yo me siento muy contenta siendo ama de casa, pero lo que no entiendo es porque me dan los mareos en la cola del supermercado” o lo que me contaba una mujer feminista, con una trayectoria reconocida públicamente “yo no echo de menos estar con ningún hombre, eso lo llevo bien... esto es un secreto que nunca le he dicho a nadie que por las noches para dormirme me leo una novela de amores”.

Yo me muevo entre dos mundos de mujeres diferentes, las de por la mañana en el Equipo de Salud Mental que son mujeres que organizaron sus vidas atendiendo sobre todo a las

necesidades de apego o de dependencia, frente a las mujeres “sanas” que hacen continuos esfuerzos para no incluir lo que necesitan o para negar las mismas. Observo como aparece la rivalidad, los celos, las ganas de ser protagonista, la dificultad para tolerar que no puedes gustarle a todo el mundo, envuelto en pura racionalidad, donde todo lo emocional permanece oculto, y además con fuertes resistencias para que ser incluido como clave explicativa de las dificultades.

Quiero continuar refiriéndome a las reflexiones que pude hacer a partir de una ponencia que presente al XVI Congreso Internacional sobre Genero y Religión: “...pienso en las necesidades afectivas, de apego, narcisistas, sexuales, reconocimiento, agresivas, y en los miedos y temores, el miedo a la soledad, el deseo de fusión con el otro, el miedo a las diferencias. Yo posiblemente por mi historia y sobre todo por lo que fueron mis relaciones con figuras significativas no tuve muchas posibilidades de cubrirlas. Mi madre ha sido una mujer que sobre todo priorizaba sus relaciones de pareja, creo que no tenía incorporado el modelo de cuidadora y además no soportaba la fragilidad, es además una experta negadora de todo lo que le produce malestar ... yo recuerdo que de pequeña no me sentía acompañada... aprendía que tener necesidades era una manera de garantizarte la frustración y desde ahí siempre he intentado que no se me noten mucho, sobre todo que yo no me las note....me separe y muchas de las dificultades que tuve fue por no poder ver que era mucho más dependiente de un hombre de lo que yo creía, de siempre había tenido un comportamiento muy autónomo y esta conducta me ayuda a mantener el malentendido”

En esta misma línea, pude reflexionar sobre mi labor como psicoterapeuta, pude darme cuenta como la actitud defensiva que tenía en relación con estos conflictos hacía que censurase el discurso de los pacientes, intentaba resolverles de forma poco empática lo que debían hacer, el tipo de mujer por el que debían optar sin comprender la repercusión emocional que tenía para ellas primero descubrir lo hasta ese momento permanecía silenciado y después los miedos que aparecían creyendo que estos descubrimientos las llevarían a tomar decisiones muy significativas en sus vidas. “Te encuentras con otra mujer que es la representante de todo lo que tu no quieres ser...”²³, de alguna forma te actualiza tus propios conflictos y si no puedes verlo terminarás de forma inconsciente echando a la paciente para no tener que verte trabajándolos. Esto fue especialmente determinante en el equipo que coordino, “si nosotras abordamos la génesis de la dependencia, la inseguridad, la inferioridad, las ideas acerca de la maternidad, y vemos a mujeres que sufren mucho, me planteó qué puede pasar conmigo, con el modelo de mujer que me representa, dónde podré situarme....Se puede pensar que, en algunos caso, a la par que estás ayudando a que las mujeres se encuentren con un modelo nuevo estás facilitando que aparezcan tus dilemas, y esto puede ser muy angustioso. No hay duda de que esto nos tocó especialmente y que en el equipo estábamos sintiendo la misma incertidumbre que sentían las mujeres”²⁴.

Al tener un poco más claro mis propios conflictos me encontré en mejores condiciones para trabajar, en el marco de la psicoterapia, con mis pacientes:

EM trabaja de funcionaria y esta convencida de que le quieren hacer daño con una jeringa, piensa que le ponen jeringas para que se pinche y se contagie de ébola o sida, en los expedientes del trabajo, en la calle cuando va con sandalias, en la comida. A lo largo de las

sesiones de terapia vamos descubriendo que la jeringa siempre aparece cada vez que no cumple con lo que debe ser una buena mujer. Cuando se enfada con una compañera del trabajo, cuando siente que es ambiciosa y que quiere ascender, cuando se viste con ropa ajustada. Sin embargo nunca le aparece cuando esta en la casa con su marido y su hija, ni siquiera durante el parto.

JV tiene su primer ingreso a los 17 años, su madre insistía en esa primera consulta de que lo que le pasaba es que era mala y por eso se había puesto mala. JV no quería ser como sus hermanas, no quería tener novio pero sí salir con chicos, quería estudiar una carrera y llegaba tarde a la casa, no era obediente. Al lado de ella, sus hermanas eran el modelo a seguir. Ahora que vive en un piso con otras pacientes, empeora cuando otra compañera expresa claramente sus deseos sexuales fuera de una pareja estable, siente que se va poniendo cada vez más nerviosa y que los demás se refieren a ella como “la puta”. El miedo a que los demás descubran que dentro de ella existen también esos deseos la hace replegarse. Poco a poco, cuando los demás la tratan con cariño ella puede de nuevo volver a sentir que es una buena chica, que se porta bien y que no desea nada fuera de lo permitido.

También en mejores condiciones para mi tarea como coordinadora de grupos de formación:

Durante un grupo de formación con animadoras de los Centros de Información a la Mujer del IAM, durante las primeras sesiones apareció como emergente que durante ese año más de la mitad del grupo había estado de baja laboral, la mayoría con problemas emocionales. Cuando analizamos que estaba pasando pudimos hacer explícito que tenían incorporado como ideal en una institución feminista el ideal maternal. Intentaban en todo momento estar disponibles, para todos y todas, no decir que no, anteponer las demandas de los otros a sus propios límites y además, pensaban que los cambios en las mujeres que consultaban se iban a producir a partir de quererlas mucho. Tenían mucho miedo a contar con una metodología teórica específica que las colocara en el lugar de las que saben, de las que tienen poder.

Igualmente en una de las sesiones de un grupo de profesionales que tenían como tarea formar a otros sobre la intervención con las mujeres que venían de situaciones de violencias, el trabajo grupal mostró como elemento implícito que existía entre las integrantes un miedo paralizante a que se descubriese, o ellas mismas descubriesen que no eran tan expertas. Esto las obligaba a mantener siempre una actitud “como si” se supiese a pesar de que por otro lado sentía que no manejaban una técnica. Con el trabajo grupal las integrantes pudieron ver que toda esta impostura estaba relacionada con el miedo a sentirse excluida o a que la excluyesen y con las dificultades que podían tener para valorar la formación como un medio para potenciar tus capacidades. Pudimos pensar que lo afectivo jugó un papel determinante en la construcción del grupo y no tanto el deseo de poseer una metodología que te permitiese trabajar con las mujeres con una técnica cualificada.

Por último me gustaría contar la experiencia grupal que tuvimos, el pasado mes de Mayo, después de una conferencia sobre este mismo tema “Pensando sobre los conflictos y la salud mental de las mujeres”. Primero di una conferencia organizada por una organización feminista, con trayectorias tanto profesionales como de participación social en ese sentido y a la mañana siguiente tuvimos con 20 de las participantes una sesión de grupo. La tarea era pensar juntas sobre ¿Qué significa desear?, mi trabajo fue señalar los mecanismos más

sutiles que tienen el sistema dominante y que incorporamos para seguir manteniendo que tener deseos y realizarlos no sería un elemento clave en la mejora de tu salud. Durante esta sesión grupal aparecieron los siguientes emergentes:

¿Tener deseos es ser mala?

Insatisfacción porque el deseo no es nada

¿De donde parte el deseo?

¿qué pasa con la frustración cuando se desea?

Primer miedo tener deseos te obliga a pensar en la frustración

Tener deseos es mirarse al ombligo qué haces con tu responsabilidad si te dedicas a tus deseos

Otro miedo, si deseas te convertirás en alguien irresponsable

Hasta ese momento pensar en el deseo frustra y de nuevo el temor a ser mala

Se puede perder la ternura

El discurso del deseo en las mujeres está por hacer

Relación entre deseos y consumo

Desear que nos quieran nos da una satisfacción enorme

Miedo a tomar el modelo de los hombres

Esto es algo que tenemos que trabajar inicialmente solas, sin meter a los hombres y que no nos dejen. No se puede desear porque ellos no nos dejan.

Cuando aparece la frustración que acompaña al desear, el miedo a colocarte ante lo que te gusta, aparecen los hombres como los que nos impiden pensar en este tema. ¿Se trae a los hombres para no pensar en ti?, los hombres, de nuevo, salvan la situación.

La desconexión entre lo que se piensas y lo que se siente. En la clave del pensar esta muy bien desear pero en la clave del sentir, los deseos tampoco son para tantos.

Las integrantes del grupo, tras la interpretación pudieron ver con más claridad que los miedos y las resistencias que aparecen son personales e institucionales. La sesión finalizo con el último emergente “yo me he dado cuenta que todavía soy de las carenciales, y se que tengo inteligencia y que quiero aprender”

¡Qué alegría!

Conclusiones

Para mi estas experiencias me permitieron trabajar conmigo misma y con las integrantes de los diferentes grupos, terapéuticos y de formación, los diferentes mecanismos por los que el sistema social articulándose con nuestro mundo interno construye nuestras identidades. Precisar mucho mejor los diferentes obstáculos que nos aparecen cuando queremos salir del lugar de la subordinación. Visibilizar cómo muchos de los miedos y de las resistencias son efectos de la alienación. Y que el poder verlos y pensar sobre ellos nos da un campo nuevo de posibilidades. “Que para todos los seres humanos la esfera propia sea la más ancha y más alta que puedan conseguir”.

Bibliografía

- ¹ Foucault, M. Historia de la sexualidad 1. La voluntad de saber. Madrid, Siglo XXI, 1978.
- ² Leninton N. El superyó femenino. La moral en las mujeres. Madrid, Biblioteca Nueva, 2000.
- ³ Bauleo A, Duro JC, Vignale R. El recorrido de un ECRO. En La concepción operativa de grupo, Bauleo A, Duro JC, Vignale R (ed). Madrid, Asociación Española de Neuropsiquiatría, 1990.
- ⁴ Pichón-Riviere E. Empleo del Tofranil en psicoterapia individual y grupal. En El proceso grupal. Del psicoanálisis a la psicología social vol I. Buenos Aires, Nueva Visión, 1985.
- ⁵ Pichón-Riviere E. Diccionario de términos y conceptos de psicología y psicología social. Buenos Aires, Nueva Visión, 1995.
- ⁶ McDowell L. Género, identidad y lugar. Un estudio de la geografía feminista. Madrid, Cátedra, 2000.
- ⁷ Leninton N. Dependencia amorosa patológica. En Seminario de violencia contra las mujeres. Granada, Ayuntamiento de Granada, 1998.
- ⁸ Bleichmar ED. Morbilidad diferencial. Enfoque psicodinámico. En Mujer y salud mental. Mitos y realidades, Mas Hesse J, Tesoro Amate A (ed). Madrid. Asociación Española de Neuropsiquiatría, Madrid, 1993.
- ⁹ Bleichmar ED. Incidencia de la violencia sexual sobre la construcción de la subjetividad femenina. En La construcción de la subjetividad femenina, Hernando A (ed). Madrid, Instituto de Investigaciones Feministas de la U.C. de Madrid, 2000.
- ¹⁰ Benjamín J. Los lazos del amor. Psicoanálisis, feminismo y el problema de la dominación. Buenos Aires, Paidós, 1996.
- ¹¹ Baker Millar J. Hacia una nueva psicología de la mujer. Barcelona, Paidós, 1992.
- ¹² Guillian C La moral y la teoría. Psicología del desarrollo femenino. Mexico, Fondo de Cultura Económica, 1982.
- ¹³ Burin M. Género y psicoanálisis: subjetividades femeninas vulnerables. En Género, psicoanálisis y subjetividad, Burin M, Bleichmar Ed (ed). Buenos Aires, Paidós, 1996.
- ¹⁴ Jonadistir AG. El poder del amor. ¿Le importa el sexo ala democracia?. Madrid, Cátedra, 1993.
- ¹⁵ Pichón-Riviere E. Tratamientos de grupos familiares y psicoterapia colectiva. En El proceso grupal. Del psicoanálisis a la psicología social vol. I. Buenos Aires, Nueva Visión, 1985.
- ¹⁶ Hernando A. Poder, individualidad e identidad de género femenina. En ¿Desean las mujeres el poder? Cinco reflexiones en torno a un deseo conflictivo, Hernando A (ed). Madrid, Minerva, 2003.
- ¹⁷ Laplanche J, Pontalis JB. Diccionario de psicoanálisis. Barcelona, Labor, 1983.
- ¹⁸ Calvino I. Seis propuestas para el próximo milenio. Madrid, Siruela, 1998.
- ¹⁹ Harding S. Ciencia y feminismo. Madrid, Morata, 1996.
- ²⁰ Burin M. El deseo del poder en la construcción de la subjetividad femenina. El “techo de cristal” en la carrera laboral de las mujeres. En ¿Desean las mujeres el poder? Cinco reflexiones en torno a un deseo conflictivo, Hernando A (ed). Madrid, Minerva, 2003.
- ²¹ Amoros C. Mujeres, feminismo y poder. Forum de política feminista. Conferencia, Madrid 1988.
- ²² Lopez Pardina T. Autonomía. En Diez palabras claves sobre mujer, Amoros C. (ed), Estella (Navarra), Verbo Divino, 1995
- ²³ Tavora A. Ser feminista, ser psicoterapeuta. Cuadernos de Salud Publica, 21: 42-45, 2003.
- ²⁴ Tavora A. El genero y los esquemas de referencia en salud mental. En Perspectivas de genero en salud. Fundamentos científicos y socioprofesionales de diferencias sexuales no previstas. Miqueo C. et al. (ed). Madrid, Minerva, 2001.